

fecto, también es perfectible, y dígame lo que se quiera, el progreso se verifica así en la política como en la moral privada. Lo que hay que hacer es no limitarse á increpar el maquiavelismo, sino examinar por qué se sostiene, aunque estigmatizada, esa funesta doctrina. La razón principal se encuentra en la preponderancia del interés de los pueblos. Maquiavelo escribió para ellos su libro, y no le hubiera escrito para las naciones. Que los pueblos se organicen de modo que la voluntad general sea fielmente representada, y el maquiavelismo dejará entonces de deshonrar las relaciones internacionales; el deber ocupará la plaza del interés, en cuanto sean entidades jurídicas y responsables las que tengan que entenderse y tratar. Llegará una época en que ya no se comprenda que ha habido una moral para las naciones y otra para los individuos, porque serán éstos los que, formando la nación, decidirán de lo que es justo entre los pueblos, como de lo que es justo entre los individuos.

SECCION I.^a

EL MAQUIAVELISMO.

§ I.—Los hechos.

I.

Hemos dicho que la doctrina de Maquiavelo es la expresión de las preocupaciones y de los errores que reinan desde la más remota antigüedad acerca de las relaciones entre los pueblos, lo cual no es una excusa particular del autor del *Príncipe*, cuya teoría está casi siempre dominada por los hechos. Sucede eso con todos los sistemas políticos. Cuando los escritores quieren elevarse por cima de la realidad, se pierden en la región de la utopía, y no ejercen influencia, sobre sus contemporáneos á lo ménos. Los que se limitan á dirigir á los hombres se mantienen en el terreno de la realidad, pero tropiezan con otro escollo, y es que, á fuerza de vivir dentro de los hechos, los erigen en derecho. Los dos grandes filósofos de la Grecia son los representantes

disciplina la intención, pero no el que el mundo viniera sometido por fuerza ó por hábito, y por depravación del sentido moral, á semejantes procedimientos, aun cuando el aconsejar á los príncipes que los siguieran arguye poco en favor de la moralidad de Maquiavelo.—(N. del T.)

tes de esas contrarias tendencias. Platon vive en un mundo ideal; y con el nombre de *República* escribe una utopía falsa é irrealizable hasta cierto punto, pero llena de altas aspiraciones. Aristóteles vive en el mundo real; estudia las constituciones políticas que ha podido haber á las manos, y después se pone á escribir la teoría. Y ¿qué le sucede? Que hallando la esclavitud establecida en todas partes, no se contenta con aceptarla, sino que la justifica. Maquiavelo es de la escuela de Aristóteles; es, como éste, el hombre de la realidad, y, como éste, erige el hecho en doctrina. Si no se ha anatematizado á Aristóteles por haber escrito la justificación de la mayor de las iniquidades sociales, ¿por qué anatematizar á Maquiavelo, siendo así que su única culpa fué la de reflejar en sus escritos la política dominante?

Lo que ha dañado la reputación de Maquiavelo son las ilusiones formadas respecto al cristianismo y á la caballería. Se ha imaginado que hubo en la Edad Media una política cristiana de la cual eran órganos los papas; y ¿qué podía ser esa política sino la expresión de la moral pura del Evangelio? Se ha imaginado también que la caballería había introducido en las relaciones del feudalismo todo cuanto en ella hay de nobles y delicados sentimientos, y también al cristianismo se le ha otorgado el honor de esos sentimientos. Después se ha supuesto que Maquiavelo había reemplazado el ideal cristiano con la vil doctrina del interés. En esas ilusiones hay tantos errores como palabras. Es exagerar singularmente la influencia de una religión cuyo fundador decía que su reino no era de este mundo, y que era necesario abandonar la tierra y sus intereses al César, para no preocuparse más que del cielo y de la salud de las almas (a).

(a) Este es el *Delenda Carthago* de LAURENT, la base de toda su argumentación para negar al cristianismo la bienhechora influencia que incontestablemente ha ejercido en el mundo, y atribuirselo á los Germanos. Edgar Quinet, cuya autoridad no recusará ciertamente Laurent, ha demostrado de una manera irrefutable que aquello no es verdad: que la doctrina de Cristo no se predicó para el mundo *ultratumbam*, sino para éste. «Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos,» contestó Cristo á los doctores que querían embarazarle con lo que sucedería en el otro mundo. El otro mundo para Cristo era el reinado de Dios y su justicia sobre la tierra. «Amad esta justicia, decía otra vez á sus discípulos; lo demás se os dará por añadidura. Dad culto á la caridad y la justicia; lo demás ya vendrá.» Laurent, con su optimismo semifatalista, hace la misma aserción en este punto que Schopenhauer para fundar su sistema pesimista. No: la doctrina de Cristo rebosa de vida: ella misma es vida y salud, no es muerte ni preparación para la muerte; es humanidad y porvenir, no es lamentación ni *Dies iræ*. En esto creemos que se equivoca grandemente Laurent.—(N. del T.)

Ya hemos visto al papado en acción, y hemos hecho constar que su influencia directa sobre la política fué casi nula. Cuando obra por su cuenta, se diría que es la encarnación de la antigua Roma; la santa sede, como el senado romano, no retrocedía ante la violencia ni ante la perfidia. Papas hubo que hubiesen sido dignos discípulos de Maquiavelo; y, por mejor decir, ellos fueron sus maestros; ¿no confiesa él mismo que, gracias á la vecindad de la corte romana, se encuentran los italianos sin fe y sin ley? (1). En cuanto á la caballería, los romances se han tomado por realidad. ¿Se quiere una prueba irrefragable de que ni la caballería ni el cristianismo produjeron una doctrina internacional digna del Evangelio y de lo que se llama espíritu caballeresco? Que se consulte la historia de los tiempos que separan la Edad Media de la moderna. Aquella es una sociedad que se ha educado por el cristianismo y que se halla bajo la tutela de la Iglesia; veamos si el discípulo hace honor al maestro.

El siglo XIV cuenta entre sus héroes personajes cuyas hazañas celebran las crónicas y los romances: los Boucicault y los Duguesclin pasan por ser las flores de la caballería; y, sin embargo, esos ilustres caballeros miraban como una inocentada la lealtad y la fe en los juramentos; al ménos se conducían como si tal fuese su doctrina, puesto que se les vió invocar la generosidad de sus adversarios para tenderles un lazo y hacerles perecer (2). Los príncipes, en el siglo XV, fueron los dignos sucesores de aquellos héroes; oigamos á un historiador que se ha complacido en describir las costumbres de aquel tiempo conforme á las noticias de los cronistas: «Los príncipes, dice Barante, habían perdido todo aprecio al honor y á la virtud y todo horror al vicio y á la deslealtad; sólo pensaban en destruirse unos á otros por la guerra y la violencia ó por medio del puñal y del veneno; habían olvidado las leyes de Dios, ó creían que no estaban hechas para ellos,» (3). La religión no servía más que para engañar á los que eran harto simples para creer que ella era un freno. En vano trataban los mismos príncipes de ligarse por medio de los más terribles juramentos; en vano juraban sobre

los Santos Evangelios, sobre el santo cánon de la misa, sobre la verdadera y preciosa cruz de Jesucristo, Evangelios, cánon y cruz que tocaban con sus manos (1); sus juramentos se los llevaba el aire. Hay más: el asesinato fué erigido en doctrina; y ¿por quién? Por gentes de Iglesia. Y ¿en qué autoridad fundaban la violación de toda idea moral? En los ejemplos de la Sagrada Escritura. Y el asesinato, que predicaban como una acción santa, lo ejecutaban con toda la perfidia y cobardía imaginables. Proclamaban á toda hora y con los libros santos en la mano que la muerte más conveniente para los tiranos era la que se ejecutaba por medio de las emboscadas y de la traición (2).

II.

Transportémonos ahora á la sociedad en que vivió Maquiavelo. Si el catolicismo hubiese tenido una política internacional, en Italia más que en ninguna otra parte se hubiera manifestado. Las relaciones eran allí más activas, más avanzada la civilización, y los jefes de la Iglesia intervenían en todas las guerras que desgarraban la Península. ¿Quién no esperaría ver á los papas dando el ejemplo de probidad pública, de respeto al derecho y de sumisión á la ley del deber? Es, sin embargo, el espectáculo contrario el que se ofrece á la vista admirada del historiador. El mismo Maquiavelo hace la observación: «Si los Italianos están corrompidos y son perversos, á la Iglesia se lo deben.» En vano se dirá que es un enemigo el que habla; allí están los hechos para atestiguar «que el envenenamiento, el asesinato, junto con la superstición, caracterizan á los pueblos de Italia... Hábiles malvados, ateísmo y devociones, traiciones y crímenes,» hé ahí lo que se encuentra á cada paso en un pueblo sometido á la influencia directa de la Iglesia (3). Recordemos algunos rasgos de aquellos tristes tiempos, y verémos á la religión mezclándose en los más negros crímenes, no para detener la mano de los culpables, sino para asegurar el golpe.

Galeas Sforzia, duque de Milan, fué asesinado en la catedral el día de San Estéban; y los asesinos

(1) Véase la parte sexta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. VI, p. 239.

(3) DE BARANTE, *Hist. de los duques de Borgoña*, t. VII, p. 177.

(1) DE BARANTE, *Hist. de los duques de Borgoña*, t. IX, p. 19.

(2) *Justificación del duque de Borgoña*, por el franciscano JEAN PETIT, en DE BARANTE, t. II, p. 186.

(3) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. CV.

oraron en alta voz á San Estéban y á San Ambrosio para que les diese valor de matar á su soberano. El asesinato de los Médicis fué tramado por un papa en interes de sus hijos bastardos: un cardenal dirigió la conspiracion; el arzobispo de Florencia formó el plan, y un presbítero se encargó de la ejecucion. Se eligió para ello la solemnidad de una fiesta religiosa; y fué en el momento de alzarse la hostia cuando Julian de Médicis fué muerto y su hermano herido. No iría más adelante la imaginacion de lo que llegó la realidad si para avergonzar á la Iglesia se quisieran exagerar las circunstancias de un crimen.

Como se ve, no son los Borgia una excepcion en el siglo XV; son más bien la horrible expresion de costumbres horribles. Pero hay que convenir en que Alejandro VI y el cardenal, su hijo, brillan en medio de aquella sociedad de bandidos como dechaos del crimen. *Guicciardini* hace justicia al talento del papa: "Era, dice, de una habilidad y de una penetracion raras; pero falso, sin pudor, malvado, pérfido, sin religion, dominado por una avaricia insaciable y devorado por la ambicion; además, era cruel hasta la barbarie. Entre los hijos del papa, continúa el historiador, había uno que tenía todos los vicios del padre; parece que César Borgia no había nacido sino para que los designios criminales de Alejandro encontrasen un hombre bastante malvado que pudiera llevarlos á ejecucion" (1). Y bien; todavía hay algo más monstruoso que el papa monstruoso: Alejandro VI no ofendió la conciencia general; lejos de ello, los contemporáneos admiraron su talento y envidiaron su dicha. Oigamos á Maquiavelo: "Alejandro VI convirtió toda su vida en juego el fraude y el engaño; y, á pesar de su doblez bien reconocida, triunfó en todos sus artificios. Protestas y juramentos le costaban muy poco; pero jamás hubo príncipe que más frecuentemente violase su palabra y que respetase menos sus compromisos; conocía perfectamente esa parte del arte de gobernar" (2). Bien se ve que el *Príncipe* de Maquiavelo no es un cuadro de fantasía; es un retrato, y son un papa y su bastardo los que están delante del pintor.

Hé aquí los ejemplos de moralidad que los vicarios infalibles de Dios daban á la cristiandad: la

(1) GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. I, c. 1.
(2) MACHIAVELLI, *el Príncipe*, c. XVIII.

política pontificia en el siglo XV tenía por agentes el fraude, el veneno y el asesinato. ¿Cómo no habían de aprovecharse los príncipes de unas lecciones que procedían de tal punto? En medio de sus crímenes, su conciencia debía permanecer tranquila, puesto que tenían á su favor la autoridad de aquel que era guía de los fieles en el camino de salvacion; se aprovecharon de las lecciones del papa, y tuvieron á la Iglesia por cómplice, como si ésta no tuviera otra mision que la de alimentar las malas pasiones de los hombres para justificar nuestra acusacion.

En el primer año del siglo XVI celebraron un convenio los Reyes Católicos con Luis XII para repartirse el reino de Nápoles. ¿Estaba acaso vacante aquel reino, y eran legítimos herederos de él los que se le repartían? Lejos de eso, era un pariente de los monarcas españoles el que ocupaba tranquilamente el trono. Aquel convenio no era otra cosa más que un acto de vandalismo, acto que el Santo Padre, como señor feudal de Nápoles, autorizó desde la cátedra de San Pedro. Se necesitaba para ello un pretexto, y se hizo la expoliacion un acto de piedad. El preámbulo del acta de particion es una obra maestra de devota hipocresía: si dos reyes se coaligan para apoderarse de un reino en plena paz es por amor á la paz, á fin de evitar las blasfemias de la gente de armas, la profanacion de los templos y la violacion de las mujeres (1). Mas ¿por qué atacan los dos príncipes al rey de Nápoles y no á otro alguno? Por socorrer á la santa Iglesia y para protegerla contra la rabia de los Turcos, cuya alianza había buscado Federico de Aragon. La ejecucion del tratado hizo honor á la rectitud de ambas partes contratantes. Cuando Luis XII invadió el reino de Nápoles, su rey llamó en su auxilio á su primo D. Fernando; envió éste un ejército formidable á Italia, en apariencia para combatir á los Franceses, y el conñado príncipe de Nápoles le abrió sus ciudades y sus puertos. De este modo, sus Estados se conquistaron casi sin disparar un tiro. ¿Se creará que esas hazañas de bandido han encontrado un defensor en el siglo XIX? Un doctor y profesor de teología se ha hecho el apologista del rey de España: "Fernando, dice, veía que Luis XII iba á conquistar á

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. III, Part. II, p. 444.

Nápoles; pues más valía tomarse la mitad, lo cual podía sostenerse en la esfera del derecho" (1). Un bandido ve á otro en actitud de desbalijar á un viajero, y se pone de parte de aquél para dar el golpe por mitad; llevado ante los tribunales sostiene que él es tan inocente como la paloma. Hé aquí el derecho católico. Hé aquí la política consagrada en el siglo XVI por el papado.

Alejandro VI no hizo más que dar su aprobacion al repartimiento de Nápoles. Pero hé aquí un papa mucho más afamado que toma la iniciativa para amotinar á la Europa entera contra la república de Venecia. Y siempre es la misma hipocresía la que se ostenta en los tratados en que intervienen Julio II, Maximiliano de Austria y el buen Luis XII: "El rey de Romanos y el rey de Francia declaran que están aliados contra los Venecianos, á instancias del Santo Padre; el papa les ha instado repetidas veces para que acudan en auxilio de la santa sede, á fin de que recobre sus posesiones usurpadas por Venecia, con desprecio de la fe, de la religion y de Dios. Los reyes, hijos obedientes de la Iglesia, se alian con Julio II en interes de la república cristiana, expuesta á los ataques de los infieles" (2). Singular medio de salvar la cristiandad el despojar á una república que era uno de los baluartes de la Europa contra los Turcos! Despues venían las quejas contra la tiranía de los Venecianos y su insaciable ambicion, que conspiraba la ruina de todos los Estados, los cuales debían unirse para apagar el incendio que amenazaba devorarlo todo. La conclusion era que la liga, despues de sea útil, era honrosa y necesaria (2). Para caracterizar la moralidad de aquel acto es preciso añadir que Luis XII era aliado de los Venecianos, los cuales le habían ayudado á hacer la conquista del Milanesado, y que Maximiliano acababa de pactar una tregua de tres años con Venecia. El honrado Aleman tuvo algunos escrúpulos, pero su aliado el papa le tranquilizó: "El emperador era el protector de la Iglesia romana, y como tal, debía acudir en su auxilio" (2). El más imprudente de los tres bandidos coronados que firmaron el acta de repartimiento fué, á no dudarlo, el papa. El vicario de Cristo llevó la imprudencia al extremo de emplear los rayos espirituales en servicio de su

(1) HEFELÉ, *Isabel de Castilla*, p. 86.

(2) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, Part. I, p. 58 y 113.

ambicion: el tratado dice que Julio II lanzará un entredicho contra la república, contra sus súbditos y sus aliados. El papa se comprometió, además, á dar los bienes de los Venecianos al primer ocupante. Despues, por una bula especial, santificó la liga, proclamando "que se había hecho para la exaltacion de la santa cruz y para la propagacion del nombre cristiano" (2). Por último, el papa hizo cómplice al mismo Dios de su vandalismo, declarando que la liga sería provechosa á la cristiandad, á Dios y á Nuestro Señor Jesucristo: "Porque es de su causa de la que se trata, dijo, y es su honor el que se procura" (1).

Julio II no era un malvado; si hubiese llevado, no la tiara, sino una corona, hubiera pasado por un grande hombre. Una noble ambicion le inspiraba, se dice: la de librar la Italia de los Bárbaros. La liga contra Venecia fué bien pronto reemplazada por otra nueva liga contra el aliado más poderoso del papa, el rey de Francia. Julio II contaba con armar á los Bárbaros unos contra otros y arrojar á todos del suelo italiano. El fin parecía santo; y para alcanzarle, Julio II no retrocedió ante ningun medio: engañó á sus aliados; engañó al mismo Dios, de quien se decía vicario, afectando un celo religioso bien distante de sus intenciones, puesto que todas sus miras se dirigían al engrandecimiento de los Estados pontificios. En una palabra, el jefe de la Iglesia seguía la funesta máxima que se atribuye á una poderosa orden: *el fin justifica los medios*. Pues hé ahí todo el maquiavelismo. Y cosa notable! el fin que se proponía Maquiavelo era tambien el mismo del cual se hace un título de gloria á Julio II: el secretario florentino era un patriota por lo menos tan ardiente como el papa, y quería, como él, emancipar la Italia. ¿Por qué sigue pesando la maldicion sobre la cabeza de Maquiavelo, mientras que los historiadores continúan enalteciendo á Julio II?

§ II.—La teoría.

N.º 1.—Maquiavelo.

No hay en el mundo político reputacion más odiosa que la de Maquiavelo; según sus numerosos detractores, parece que él ha inventado la mentira,

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, Part. I, p. 116.

la perfidia y la fría crueldad; se diría que antes de él no había habido traidores, ambiciosos sin conciencia, ni crueles tiranos; no parece sino que todo lo malo que se ha hecho en la esfera de las relaciones internacionales procede del *Príncipe*, como el efecto de la causa. Si Mauricio de Sajonia engañó al emperador es porque había leído á Maquiavelo. Si los sultanos estrangulan á sus hermanos cuando suben al trono, es despues que el *Príncipe* se tradujo en lengua turca. La matanza horrible de la Saint-Barthélemy y la tremenda conspiracion de la pólvora no tienen otro principio. En fin, falta poco para que Maquiavelo pase por una encarnacion del demonio. El escritor inglés de quien tomamos estos detalles es un admirador del político florentino, pero *Macaulay*, al querer explicar el *Príncipe*, confiesa que la primera lectura del famoso libro le llenó de admiracion y de horror: "Difícilmente se encontraría en el más osado presidiario una audacia semejante para predicar el crimen. La plácida calma del autor al exponer su horrorosa teoría tiene algo del espíritu del mal," (1).

El juicio del historiador inglés es el de todo hombre que tiene sentimiento del bien y del mal. Maquiavelo no encuentra ya un solo partidario en el siglo XIX. Pero lo contrario sucedió en el siglo XVI: el libro del *Príncipe* fué recibido con general aceptación; los papas, los reyes y los sultanes le dieron á porfía muestras de su aprobacion, y ni una sola voz protestó contra la política del autor (2). La comparacion de los sentimientos del siglo XVI con los del siglo XIX sirve de justificacion á Maquiavelo, á la vez que de prueba del progreso que se ha realizado en la monarquía internacional. Los que elogian lo pasado á expensas de lo presente oponen la buena fe y la sencillez de nuestros antecesores á la doblez y corrupcion contemporáneas; y los pesimistas dicen que el hombre continúa siendo igualmente malo, y que si hay algun progreso, es en el mal. Las diversas apreciaciones de que ha sido objeto Maquiavelo dan un solemne mentís al pesimismo histórico y á las ilusiones que se forjan los partidarios de los tiempos antiguos. Maquiavelo no es un bandido, es uno de los ingenios más notables de la Italia en el siglo XV, y la Italia brillaba entonces en Europa como un

(1) MACULAY, *Essays Machiavelli*.

(2) Véanse las pruebas en el prefacio de las *Obras* de NICOLAS MAQUIAVELO (Italia, 1819, p. 55 y siguientes).

cielo estrellado en las tinieblas de la noche. Su doctrina no tenía nada de singular; era la de los papas y de los príncipes, y por eso fué acogida con universal aceptación. Pero pasan algunos siglos, y el nombre de Maquiavelo queda notado de infamia. Nosotros creemos que la humanidad revocará esa sentencia y se mostrará más indulgente con el hombre, sin dejar de reprobar sus doctrinas. No se puede anatematizar el patriotismo antiguo, por más que creyese que todo le estaba permitido en contra del enemigo. Y bien, es ese patriotismo el que ha inspirado al gran escritor florentino.

Maquiavelo no predica el mal por amor al mal, ni es el inventor del crimen; por el contrario, repueba la perfidia, la crueldad y la tiranía; no es difícil recoger en sus escritos pasajes dignos del más severo moralista (1). Pero todas esas bellas máximas no prueban nada para el político italiano; hay en él un error fundamental que vicia sus bellos preceptos: la moral de Maquiavelo es un cálculo de utilidad; y no es la acción en sí la que se considera buena ó mala, sino el fin á que ella tiende. De ese modo, el fin justifica la perfidia lo mismo que la buena fe, y la crueldad lo mismo que la humanidad. Ese es el famoso principio de que el fin legitima los medios, que equivale á la negacion de la moral. Escuchemos á Maquiavelo: "En las acciones de los príncipes sólo se considera el fin que llevan. Que el príncipe se dedique, pues, á vencer todas las dificultades; si lo consigue, sus medios serán siempre considerados como honrosos. El vulgo se deja siempre llevar de las apariencias y seducir por el éxito, y en el mundo no hay más que vulgo." Bajo este punto de vista, todos los crímenes son legítimos, porque todos pueden tener su utilidad, por lo menos momentánea; y lo que se busca en política es la ventaja del momento. La raposa y el león son los animales que deben imitar los príncipes: aprenderán del primero á ser diestros y del segundo á ser fuertes; los que desdeñen el papel de la raposa no entienden gran cosa su oficio. Un príncipe prudente debe evitar promesas que sean contrarias á sus intereses. "Yo no me ocuparía, continúa Maquiavelo, de dar este precepto, si todos los hombres fuesen buenos; pero como todos son malos y se hallan siempre dispues-

(1) Véase el prefacio de las *Obras* de MAQUIAVELO, edicion de Italia, p. 31 y siguientes.

tos á faltar á su palabra, el príncipe no debe hacer alarde de ser fiel á la suya; y esta falta de palabra es siempre fácil de justificar. Toda la dificultad está en desempeñar bien su papel y en saber fingir y disimular oportunamente. Y los hombres son tan simples, que aquel que quiere engañarlos encontrará fácilmente incautos." Si el crimen es útil, la virtud puede ser dañosa; al príncipe le basta tener las exterioridades de la virtud: "El príncipe debe esforzarse por adquirir reputacion de bondad, de clemencia, de piedad, de fidelidad y de justicia; y debe tener todas esas buenas cualidades, pero quedando siempre dueño de sí mismo para desplegar las contrarias cuando sea conveniente. Doy por sentado que un príncipe, y sobre todo un nuevo príncipe, no pueda ejercitar impunemente todas las virtudes, porque el interés de su conservacion le obliga frecuentemente á violar las leyes de la humanidad, de la caridad y de la religion," (1).

Para excusar á Maquiavelo se ha dicho que el *Príncipe* era un libro especial, sin relación con las demás obras del autor; pero esta es una suposicion gratuita. No hay más que abrir sus *Discursos sobre Tito Livio*, para convencerse de que en ellos dominan los mismos principios. Citaremos un ejemplo que revelará el fin que se proponía el célebre escritor. Rómulo da muerte á su hermano, y en seguida consiente en la de Tito Tacio, asociado por él á su trono. Veamos qué leccion saca Maquiavelo de ese doble crimen: "No hay que creer, dice, que por ambicion pueda cada cual deshacerse de sus rivales; hay que ver el fin que se proponía Rómulo con aquel doble homicidio. Una república no puede estar bien constituida más que por un solo hombre. Un hábil legislador empleará, pues, toda su industria para concentrar el poder en sus manos. Los espíritus prudentes no condenarán el que un hombre superior haya empleado un medio extraordinario para el importante objeto de fundar una república ó de establecer una monarquía. Lo que hay que desear es que en el momento en que el hecho le acuse, el resultado pueda disculparle; y si el RESULTADO ES BUENO) CUÉNTESE ABSUELTÓ. Tal es el caso de Rómulo," (2). De esa manera, los fundadores de las repúblicas están exentos de las reglas

comunes de la moral. Y otro tanto debe decirse de los que salvan al Estado de un gran peligro. Sabido es que el senado romano infringió el tratado de las Horcas Caudinas, para conservar un ejército en el cual estribaba la salvacion de Roma. Maquiavelo da su completa aprobacion á esa conducta. "La defensa de la patria, dice, es siempre buena, cualesquiera que sean los medios que se empleen. Cuando se trata de la salud de la patria no se debe detener nadie por consideracion alguna de justicia ó de injusticia, de humanidad ó de crueldad, de oprobio ó de gloria; el punto esencial que debe sobreponerse á todos los demás es asegurar su salvacion y su libertad," (1).

Se ve que la doctrina de Maquiavelo no es la del crimen por el crimen. Cuando se la quiere apreciar, hay que distinguir el fin que se propone de los medios que aconseja para alcanzarle; el fin es la salud de la patria; los medios son indiferentes. Pues el fin lo ha encontrado en su grande alma, digna de los ciudadanos de Roma, á quienes ensalza á todo momento; los medios, ó, por mejor decir, la máxima de que el fin justifica los medios la había recibido de su siglo, puesto que la veía practicada á su alrededor, lo mismo por las repúblicas que por los tiranos, y por los papas como por los reyes. Hemos citado algunos rasgos de la política de los príncipes y de los papas: si alguna cosa podía excusar á los que debían servir de guías á la humanidad, es que sus sentimientos eran los de todo el mundo. Maquiavelo ha escrito la historia de Florencia, y á cada página salta la misma idea: los ciudadanos de las repúblicas italianas no se inquietaban de lo que era justo ó injusto; cuidaban solamente de lo que era útil á la ciudad (2). Ni había ya religion ni temor de Dios; pero nos engañamos: los más pérfidos se servían de la fe jurada para engañar á los que, en medio de su sencillez, creían aún en los juramentos. La gloria no pertenecía á los que practicaban la ley del deber, palabra que no tenía ya sentido ni en Florencia ni en Roma; se admiraba á los que mejor sabían engañar (3). Alcanzar el fin, esa palabra comprendía toda la mo-

(1) *Discurso sobre Tito-Livio*, III, 111.

(2) MACHIAVELLI, *Historia*, lib. IV (*Op.*, t. I, p. 480): «ma poi che si viveva oggi in modo, che del giusto et dell'ingiusto non si aveva a tenere molto conto, voleva lasciare questa parte indietro e pensar solo all'utilità della città.»

(3) MACHIAVELLI, *Historia*, lib. III, p. 332: «quanto l'inganno riesce più facile e sicuro, tanto più lode e gloria se ne acquista.»

(1) MACHIAVELLI, *el Príncipe*, c. XVIII.

(2) *Discurso sobre Tito-Livio*, I, IX.

ral y todo el derecho; todo el mundo se reía de la conciencia y se burlaba de la infamia; la victoria, por más que fuese debida á medios infames, no infamaba nunca al vencedor (1). Maquiavelo aceptó esa política inmoral; esa es su gran falta; su conciencia no estaba á la altura de su talento. Pero añadamos, para ser justos, que si algo podía excusar la inmoralidad de los medios, era la grandeza del fin que el ilustre escritor no cesó de perseguir.

Maquiavelo es un escritor del Renacimiento; ciudadano de Roma más que de su patria, vive en la antigüedad, y la república de Roma es su ideal. Si toma la pluma, no es por vanagloria literaria, es para excitar á los Italianos del siglo XVI á que imiten á sus antepasados. Oigamos el prólogo de los *Discursos sobre Tito Livio*: "Si se considera el respeto que infunde la antigüedad y el valor que frecuentemente se da á meros fragmentos de una estatua antigua que todos gustan poseer; si, por otra parte, se ven los maravillosos ejemplos que nos presenta la historia de las monarquías y repúblicas antiguas, y los prodigios de prudencia y de valor hechos por reyes, capitanes y legisladores que se han sacrificado por su patria; si se les ve más admirados que imitados ó dados al olvido, hasta el punto de que no quede ya vestigio de aquella antigua virtud, fuerza es sorprenderse y afectarse profundamente de ello... La imitación de los antiguos, no sólo parece difícil, sino imposible; diríase que el cielo, el sol, los elementos y los hombres han cambiado de orden, de movimiento y de fuerzas, y que son diferentes de lo que eran en otros tiempos... Maquiavelo no se cansa de alabar lo pasado á expensas de lo presente; y ¿qué es lo que encuentra de tan admirable en Roma? La libertad: "En el día hay algunas ciudades libres en Italia; en lo antiguo estaba poblada de Estados libres, desde la Lombardia hasta el cabo de Mesina... Recorred ahora el país de los Samnitas, y no hallaréis más que desiertos. La causa de este gran cambio consiste en que ese país era antes libre y hoy es esclavo," (2). ¿Quién ha reducido la Italia á servidumbre? Los extranjeros, aquellos que los Italianos del siglo XVI, en medio de su orgullo, llamaban Bárbaros. Maquia-

(1) MACHIAVELLI, *Historia*, lib. III, p. 405: *Coloro che vincono, in qualunque modo vincono, mai non ne ripostano vergogna.*

(2) *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. II, c. II.

velo, al ver que la opresión llegaba á su colmo, lanza un grito de angustia; del fondo de la miseria debe surgir un libertador: "Si fuese necesario que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto para apreciar los raros talentos de Moisés; que los Persas gimiesen bajo la opresión de los Medas para admirar la magnanimidad de Ciro; si los Atenieses no apreciaron vivamente la magnitud de los beneficios de Teseo sino porque habían experimentado los males anejos á la vida errante y vagabunda, para apreciar los talentos y el mérito de un libertador de la Italia ha sido también necesario que nuestro desgraciado país haya sido más cruelmente maltratado que la Persia; que sus habitantes hayan andado errantes más que los Atenieses; en fin, que hayan estado sin leyes y sin jefes, y hayan sido robados, desgarrados y esclavizados por los extranjeros... Maquiavelo da libre rienda á los sentimientos que oprimen su alma en el último capítulo del *Príncipe*, como si quisiera protestar de antemano contra el estigma que debía ir unido á su nombre. Llama á la ilustre familia de los Médicis para que libre la Italia de los Bárbaros que la pisotean; la Italia espera un redentor: "No puedo decir, exclama el patriota, con cuánto amor será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros, con qué fe, con qué piedad, con cuántas lágrimas de alegría. ¡Oh! ¿qué puertas estarían cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué Italiano no le serviría? Todos están cansados de la dominación bárbara. Que vuestra ilustre casa acepte ese proyecto con la audacia y con la esperanza que dan las justas empresas, á fin de que esta patria se levante bajo sus banderas, y de que bajo sus auspicios se verifique la palabra de Petrarca: *el valor peleará con furia, y el combate será corto, porque el denuedo antiguo aún no está muerto en los corazones italianos*," (1).

Tales acentos no son los de un malvado; son el grito de un fervoroso patriota; pero si el patriotismo de Maquiavelo tiene la grandeza del patriotismo antiguo, también tiene sus escollos. Para el ciudadano de Roma y de Esparta, la propia era un ídolo al que lo sacrificaba todo, principiando por su propia personalidad. Y si el ciudadano absorbía al hombre y quedaban desconocidos los derechos

(1) *El Príncipe*, c. XVIII, traducción de QUINET.

de la naturaleza, ¿qué respeto podía tenerse con los que se reputaban enemigos de la patria? El amor á la patria conducía al odio, y en aquella estrecha idea quedaba ahogada la de lo justo y lo injusto (a). Y tal fué el patriotismo de Maquiavelo; es un altar sangriento sobre el cual está dispuesto á sacrificarlo todo. La salud del pueblo es la suprema ley: hé ahí toda la moral antigua, esa es toda la moral de Maquiavelo. La Italia estaba subyugada, era necesario echar á los Bárbaros, y para vencerlos se necesita un hombre que concentre en sus manos las fuerzas dispersas entre las ciudades italianas. Pero ¿cómo establecer la unidad necesaria allí donde reina una infinita diversidad? ¿Cómo unir espíritus profundamente divididos y mil ambiciones rivales? La obra no es practicable sino que sea por medio de un salvador; para allanar el camino, Maquiavelo no retrocede ante nada, ningún sacrificio le es costoso: hé ahí la explicación del libro del *Príncipe*.

Y aún no es completa esta explicación; nos falta decir por qué Maquiavelo, para salvar la Italia, la entrega atada de pies y manos á un libertador que infaliblemente hubiera sido un tirano. Y aquí tocamos á una llaga de la Italia, á una llaga que amenaza extenderse por toda la Europa, la decadencia moral. Si el autor del *Príncipe* consiente el despotismo para llegar á su fin, no es por amor á la tiranía, al contrario, sus predilecciones están á favor de la república: sus *Discursos sobre Tito Livio* son un alegato elocuente en favor del gobierno democrático; no escasea en ellos sus elogios al pueblo, cuyas virtudes ensalza, y hasta su discreción y su constancia; dice y repite que las repúblicas saben elegir los hombres capaces mejor que los reyes, lo cual las da una inmensa ventaja sobre las monarquías; su conclusión y su convicción profundas son las de que los pueblos no pueden llegar á ser poderosos más que por la liber-

(a) Eso no es verdad ni mucho menos. El amor á la patria ni es idea estrecha, ni ahoga la de lo justo y lo injusto. Semejante aserción sería un sacrilegio si no fuese un ripio forzado en Mr. Laurent para sostener su tesis individualista á outrance. No, lejos, bien lejos de que el amor á la patria ahogue las ideas y los sentimientos de justicia, los despierta, los depura y los exalta. ¿Qué es la patria más que la comunión de todos los miembros del cuerpo social en un mismo derecho? Lo que los buenos patriotas odian son los privilegios, las inmunidades y la arbitrariedad; lo que quieren es el imperio de la ley y la igualdad ante ella. Ese perjuicio de Laurent le hace incurrir en muchos y graves errores. Ya los señalaremos en su lugar, y según nuestro leal saber y entender. Porque... *sanicus Plato, sed magis amica veritas.*—(N. del T.)

tad (1). ¿Por qué ha escrito, entonces, el libro del *Príncipe*? Maquiavelo—triste es decirlo—desprecia á los hombres y desprecia, sobre todo, á los Italianos; los desprecia, porque están corrompidos hasta tal punto que ya no pueden salvarse á sí mismos. Hé aquí por qué quiere un jefe que haga pesar su mano de hierro sobre el pueblo y le salve á su pesar y á despecho de sus vicios (2). El gran político se hacía una gran ilusión: ilusión amarga, ilusión funesta que es necesario no dejar á los pueblos que se parecen á la Italia del siglo XVI. Ciertamente, las naciones corrompidas no soportan la libertad, porque son indignas de ella; pero ¿pueden ser salvadas por el despotismo? ¿Singular medio de curar la corrupción aquel que degrada la naturaleza humana! El despotismo no consigne más que hacer el mal irremediable, quitando á los hombres el sentimiento de su dignidad y de su responsabilidad. No hay que desesperar jamás de la salud de la humanidad; los individuos y las naciones pueden salvarse siempre que se haga renacer en ellos el sentimiento del deber. Pero si no tienen fuerza bastante para volver á la moralidad, inútil será que se entreguen á un salvador, serán salvados como el pueblo rey lo fué por los Césares. Hé ahí la enseñanza que el siglo XIX debe sacar del estudio de Maquiavelo.

N.º 2.—*Commines.*

La conciencia pública no está nunca enteramente muda. En los siglos XV y XVI, los príncipes y los pueblos no se habían elevado todavía en sus mutuas relaciones á la idea del deber; por eso eran sus relaciones esencialmente hostiles, siendo el interés el que en ellas dominaba; de ahí Maquiavelo y su funesta doctrina. Sin embargo, la noche no es nunca tan oscura que no quede alguna ráfaga de luz en el cielo estrellado. ¿Quién creería que en la corte de Luis XI, el príncipe de peor fama de su tiempo, había un hombre político cuyos escritos revelan tendencias bien superiores al maquiavelismo? *Commines* no es un rígido moralista, antes se le censura por su demasiada indulgencia con Luis XI: "Las crueldades de su amo, dice *M. Villainin*, le indignan poco; tiene demasiado buen sentido para

(1) *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. I, cap. 47, 58; lib. II, c. 2; libro III, c. 9 y 31.

(2) *Discurso sobre Tito-Livio*, lib. I, c. 8 y 55.